

POR F. MASO

DEL DÍA Y LA HORA

DE LA

Escritor católico, católico escritor... escritor nada

Antiguamente se escogían largos títulos para los libros donde se resumía su contenido, como una ayuda para el lector y probablemente para el propio autor que así no se extraviaba en los cerros de Ubeda. Este artículo justifica su largo título porque era la forma de escribirlo, y no perderse en el vacío. Para el que siendo católico trata de colocar las veintiocho (o son veintinueve) letras del alfabeto de manera personal esas son las cuatro posibilidades.

Ser un escritor católico que escribe mostrando a las clases sus creencias. Si es novelista, sus personajes testimonian de sus ideas, como si se preocupara preferentemente por el tema religioso. En países protestantes, o donde ser católico ha sido desafiar una cultura laica y positiva, ha surgido una literatura militante católica, frente a los que consideraban a la religión como fenómeno de museo, o el compendio de todos los atrasos. El anticatolicismo de los medios culturales provocó un catolicismo militante y polémico, como el de los escritores franceses de principios de siglo que necesitan afirmar públicamente su fe.

La segunda posibilidad es ser un católico escritor. Un católico que escribe sin pensar en la polémica, normalmente, como lo han hecho tantos escritores españoles que han vivido en una sociedad predominante católica. Esta parece la mejor posibilidad, mejor que emprender cruzadas es que no haya infieles. Esta situación no ocurre con frecuencia, y se hace poco frecuente en nuestro tiempo, cuando el catolicismo recuerda a esos corredores que desde la cola emprenden una veloz carrera hacia la meta.

Hay una tercera posibilidad, escribir por escribir para escribir lo mejor posible. Algo así como un arte por el arte que se explica cuando la Literatura ha perdido su contacto con la sociedad. Desde Baudelaire hasta Ionesco el escribir por el escribir, como un medio puramente personal, ha conducido al absurdo, o a no escribir más. Ionesco ha publicado recientemente un artículo en "Encounter" explicando porqué escribía, el lector después de leerlo piensa que el autor no tiene ninguna razón para no dejar de escribir al día siguiente. La Literatura se convierte en un largo monólogo, en un testimonio personal de un camino que conduce a una nueva creencia o a ese largo silencio de Rimbaud traficando con esclavos en Africa.

Un católico a la postre no escribe por escribir, como no vive por vivir. Su vocación está al servicio del plan divino, aunque no mencione a Dios por ninguna parte, ni pretenda convertir al lector. En el catecismo hay una pregunta cuya respuesta dice que el fin del hombre es servir y amar a Dios sobre todas las cosas. Algo ha de tocar a la Literatura en esa difícil misión, y una buena novela, como cualquier trabajo bien terminado ha de reflejar de alguna forma la caridad, a pesar de que a ratos no se vea bien la relación.

Y queda una cuarta alternativa: no escribir "nada". Ese nadaísmo es propio de América Latina, donde no hay católicos escritores, ni escritores católicos, y los escritores no católicos escriben bien poco. Nuestro continente padece un subdesarrollo cultural, menos pernicioso y mortífero que el económico porque no ataca al estómago, pero que sin embargo se vuelve un problema de primera magnitud en las sociedades donde abunda el confort, y la gente se pregunta qué hacer con su ocio. Hay países donde la producción y la distribución son tan eficientes que la población tiene tiempo para comprender que les falta un objetivo en la vida.

"Subdesarrollo" es un lugar común espeluznante. Basta con utilizar la palabra en un artículo para aparentar profundidad. Es una manera eufemística de mencionar la pobreza y el hambre. Los términos técnicos esperan el contenido emocional y moral de las palabras. "Subdesarrollo" es una palabra de economistas que sueñan con "per-cápitales" "Índices económicos" y "por cientos". Hablar de "subdesarrollo" es como decir que seremos felices cuando la familia tenga un automóvil para su garage, un garage para su casa, y una casa para una ciudad moderna, con una delincuencia juvenil de primera y una estupenda colección de bombas A, H y Z guardadas para lo que pudiera ocurrir.

Cada persona necesita de un mínimo material para preocuparse por las cosas que no son materiales. Pero además de organizar la vida de lunes a sábado hay que devolver su sentido al ocio y al culto en la vida social y personal. Ocio y culto son dos palabras de un contenido que exigen un buen teólogo. Para este simple artículo basta con señalar que una sociedad cristiana desarrolla un hombre integral, cuyo objetivo no es el confort, sino cumplir la misión, la cual lo

CULTURA... DEL DÍA Y LA HORA...

colocaron sobre el planeta. El desarrollo es un fenómeno económico, cultural, religioso. La Literatura tiene un valor que ignora un marxista. Los comunistas se interesan por la Literatura como arma política, por eso terminan castrándola. A ellos les interesa el objetivo concreto y político del Estado, representante de la Historia, realizador de la sociedad perfecta. Esa idolatría del Estado hace depender del gusto o el mal gusto de un Kruschew la pintura rusa, u obliga a los escritores cubanos a describir estusiasmados la marcha hacia el socialismo, a pesar de que Cuba no marche hacia ninguna parte. Un cristiano que cree que la contemplación es el destino final del hombre, respeta la literatura como un medio que ayuda a esa imperfecta contemplación que es "una incoación de la eterna bienaventuranza". Una buena novela no es un medio eficaz de cambiar una situación política, pero su ineficacia práctica no le quita su valor, como medio de conocer, o reconocer, al mundo.

UNA SOCIEDAD CRISTIANA

En una sociedad cristiana la Literatura y el Arte ocupan un lugar necesario a pesar de su falta de eficacia práctica, como medio de realizar lo humano. Si es así la existencia de católicos escritores rebasa una mera necesidad política o propagandística, o el simple propósito de controlar para determinado sector un grupo social con prestigio e influencia, como si se intentara tomar por asalto la cultura para cristianizar a la fuerza a la sociedad. Esa actitud tan interesada y política niega la Literatura y niega hasta cualquier apostolado legítimo, con su espíritu de secta.

Estamos, sin embargo, en América Latina, donde haber nacido es una bendición para un buscador de petróleo con suerte, pero para un escritor es tropezarse con un destino incómodo, en una sociedad que hace siglos vive de su juventud, como si no deseara nunca dejar de ser adolescente.

El escritor tiene la pésima manía de comer tres veces al día; desayuno, almuerzo y cena. En los Estados Unidos y en Europa los libros se venden y permiten alcanzar una relativa independencia que posibilita un criterio realmente personal. En América Latina el escritor depende de la política y necesita ser marxista a menudo para que las revistas literarias jóvenes lo tomen en cuenta. Lo improbable es contar con el respaldo de una opinión pública católica, a la que no le interesa la literatura y participa en la política más por medio al extremismo que por sincero deseo de transformación.

Esto es el dedo en la llaga. En América Latina no existen escritores católicos porque no les interesa a los católicos ni a los no-católicos. El escritor es un inconforme en algún grado, si no lo fuera permanecería en silencio como el que reposa la siesta. El cristianis-

ma ha cambiado al mundo porque no ha aceptado el falso reposo ni la hipocresía de las conciencias satisfechas. Pero hay quienes prefieren una religión oficialista, donde todo está en regla, se cometen pecados hasta que en la última confesión se consigue un pasaporte para la otra vida. La rebeldía entonces es retórica y se habla de todo porque no se hace nada. ¿Para qué preocuparse por lo que inquietaría tanto como mirar hacia el prójimo, escribir, no aceptar lo que se presenta a los ojos. A una religión conformista responde la sequedad y la vaciedad espiritual del catolicismo culto.

Aquí hay que distinguir. Los escritores provienen de los grupos sociales que puedan escribir. La misión fundamental del sacerdote no es ser escritor, ni la del obrero, ni mucho menos la del campesino. Los humildes no tienen culpa de lo que no les corresponde a ellos. El pueblo, en su sentido más noble de la palabra, ha conservado mejor la fe. También ocurre que la Iglesia parece a veces estar compuesta únicamente por el clero. Ser laico es como una ciudadanía de segunda clase, pertenecer a un grupo cuya misión es acudir únicamente al confesionario, del cual no se espera mucho, o se ha acostumbrado a permanecer inmóvil.

Un escritor francés dijo que había demasiadas personas decentes entre los cristianos.

Una clase media mezquina no permite el diálogo entre el escritor y su público. Si algún día surgieran escritores católicos en América Latina, tendrían algo de dinamiteros.

Tendrían que recordar algo a León Bloy y mirar al pueblo con el mismo misticismo de los novelistas rusos del siglo XIX y aceptarían al mundo con todas sus imperfecciones, sin buscar escapatorias fáciles ni una religión de un círculo de buenas personas, porque "nunca puede, quien considera al mundo en última instancia sin salvación, aceptar la idea de la contemplación como la más alta felicidad humana. Ni felicidad ni contemplación son posibles, a no ser sobre la base del asentimiento del mundo en su totalidad."

La Iglesia en esta vida está compuesta por pecadores. La crudeza y la franqueza en la exposición pueden ser mejores que el silencio y la mezquindad. La acción en el mundo conlleva errores, los que hay que estar dispuestos a corregir. Pero la única forma de permanecer siempre con la conciencia satisfecha es refugiándose lejos de los demás. Quizá algún día nuestra sociedad sea genuinamente cristiana y existan escritores católicos; sin ellos algo habría fallado, habríamos perdido una dimensión necesaria a la vida, continuaríamos quizá vacíos, a pesar de la justicia social.

NOTA.—Este artículo está basado en las obras de Josef Pieper, principalmente "El Ocio y la Vida Intelectual", "El Fin de los Tiempos", "La Esperanza". Las citas provienen del primero de los libros.